



La llama coronada

Por Fray Justo Pérez de Urbel

La lógica del cristianismo descubrió un gran misterio en el fin de la vida mortal de María. La palabra con que hoy se designa ese fin, Asunción, fué inventada por los españoles del siglo IX; pero el misterio era venerado desde los primeros tiempos de la Iglesia. Y apareció la leyenda deseada y presentida; un relato delicado e ingenuo, una de las narraciones más bellas de leyenda dorada, una especie de drama lleno de vida, que termina con un epílogo magnífico; una deliciosa historia, iluminada de estrellas y de ángeles, perfumada de lirios y de incensos, decorada de todas las pompas del cielo y de todas las bellezas de la tierra. Así es el «Misterio de Elche».

Un ángel se aparece a la Virgen y le entrega una palma: «María—le dice—, levántate. Te traigo esta palma para que, cuando mueras, la lleven delante de tu cuerpo, porque vengo a anunciarte que tu Hijo te aguarda.» María tomó la palma, que brillaba como el lucero matutino, y el ángel desapareció. Tal fué el preludio del gran acontecimiento. Poco después, los apóstoles, que sembraban la semilla evangélica por todas las partes del mundo, sintieron arrastrados por una fuerza misteriosa hacia la habitación de la Virgen, que, tendida sobre el lecho, aguardaba la venida de la muerte. Entre tanto, el alma de María se desprendió del cuerpo y fué elevada mientras los ángeles cantaban.

Por orden divina, los apóstoles permanecieron velando junto al sepulcro de la Virgen, cuando se abre el cielo y desciende de lo alto el coro de ángeles. El cuerpo de María se unió a su alma. Los ángeles la rodearon, empujándola hacia las alturas.

Tal es la leyenda de la Asunción. La iglesia mozárabe la recogió en su liturgia. Más prudente, la Iglesia Romana no quiso recoger estos relatos en sus libros litúrgicos, pero los dejó correr libremente para edificación de los fieles. Se extendieron por todos los países y se hicieron más populares que nunca. Pero nadie la interpretó más bellamente que los artistas. No se encontrará una sola de nuestras catedrales donde no aparezca alguno de sus episodios.

Y, por encima de todo, el «Misterio de Elche», ese maravilloso drama sacrolírico, que pregonaba ante la faz del orbe la firme creencia de un pueblo en la Asunción de la Virgen.

La Asunción de la Virgen, cuadro del Greco. Iglesia de San Vicente. Toledo.